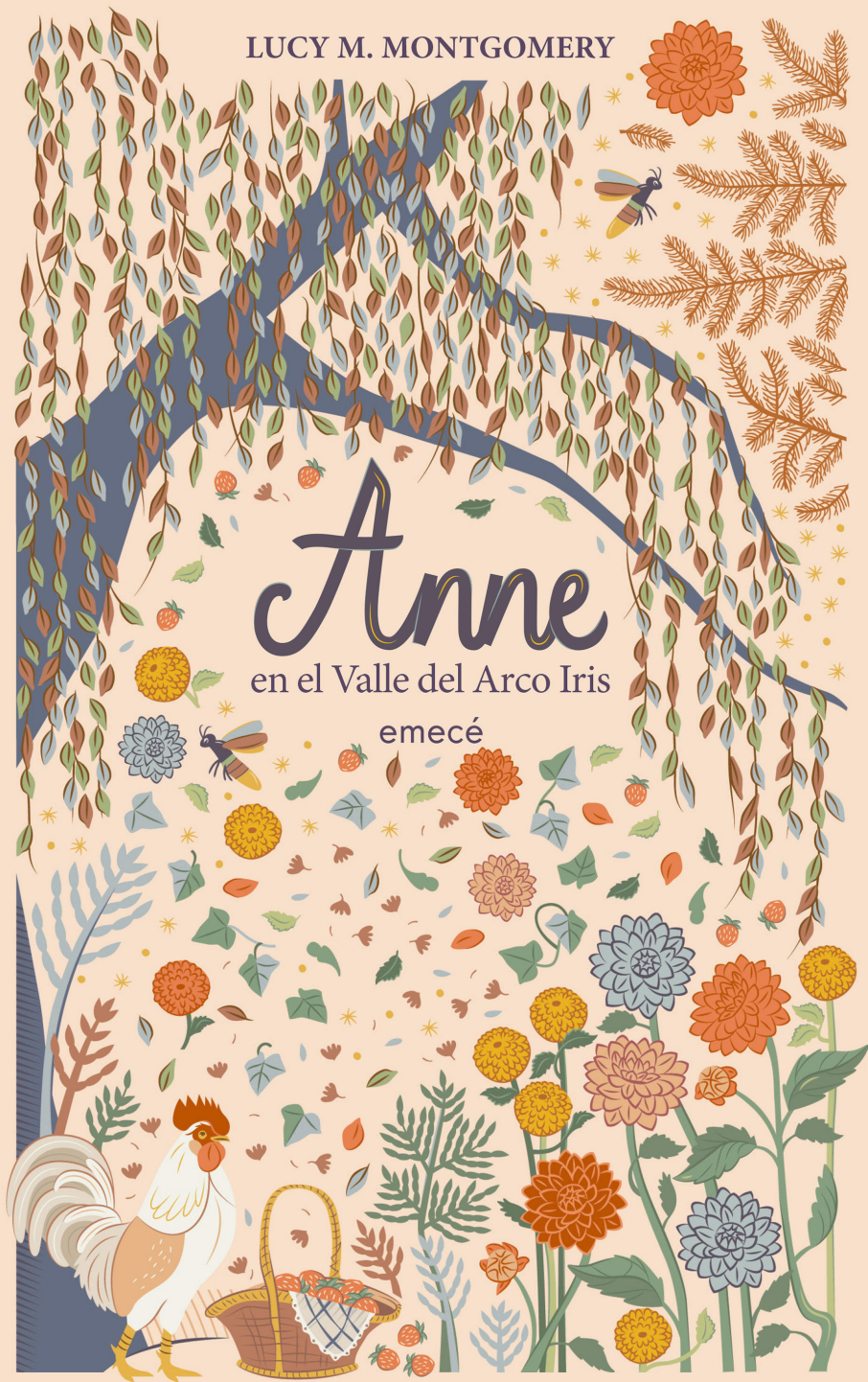


LUCY M. MONTGOMERY

Anne

en el Valle del Arco Iris

emecé



LUCY M. MONTGOMERY

Anne
en el Valle del Arco Iris

emecé

Otra vez en casa

Era un claro atardecer de mayo, color verde manzana, y Four Winds Harbour reflejaba las nubes del ocaso dorado entre sus costas suavemente oscuras. El mar gemía lúgubre en el banco de arena, triste incluso en primavera, pero un viento astuto y jovial venía silbando por el camino rojo del puerto, por donde la figura confortable y matriarcal de la señorita Cornelia se encaminaba hacia el pueblo de Glen St. Mary. La señorita Cornelia era, para hablar con justicia, la señora Elliott, y hacía ya trece años que estaba casada con Marshall Elliott, pero todavía eran más los que se referían a ella como a la señorita Cornelia que como a la señora Elliott. El anterior era un nombre querido para sus viejos amigos; sólo uno de ellos dejó de usarlo, desdeñosamente. Susan Baker, la oscura, severa y leal doméstica de la familia Blythe, los de Ingleside, jamás perdía la ocasión de llamarla «señora de Marshall Elliott» con el más punzante y asesino de los énfasis, como diciendo: «Querías ser señora y señora serás con todo, en lo que a mí respecta».

La señorita Cornelia iba a Ingleside a ver al doctor Blythe y a su esposa, que acababan de regresar de Europa. Habían estado ausentes tres meses, pues partieron en febrero para asistir a un famoso congreso médico en Londres y, durante su ausencia, tuvieron lugar en Glen ciertos pequeños sucesos que la señorita Cornelia estaba ansiosa por comentar. Por ejemplo, una nueva familia en la casa del pastor. ¡Y qué familia! Mientras avanzaba a paso vivaz, la señorita Cornelia sacudió la cabeza varias veces de sólo pensar en ellos.

Susan Baker y la otrora Anne Shirley la vieron venir desde su ubicación en la gran galería de Ingleside, donde estaban sentadas disfrutando del encanto del crepúsculo, la dulzura de los soñolientos petirrojos que silbaban entre los arcos en penumbras y la danza de un impetuoso grupo de narcisos que se agitaban contra el viejo y precioso muro de ladrillos del jardín.

Anne estaba sentada en los escalones, con las manos enlazadas alrededor de una rodilla, con un aire tan infantil como puede tenerlo una madre de varios hijos; y los hermosos ojos verdes grisáceos, que contemplaban el camino del puerto, estaban tan llenos como siempre de insaciable resplandor y ensoñación. Detrás de ella, en la hamaca, se acurrucaba Rilla Blythe, una regordeta criaturita de seis años, la menor de los niños de Ingleside. Tenía rulos rojos y ojos color avellana que ahora se encontraban firmemente cerrados, con esa manera tan graciosa que tenía Rilla de dormir.

Shirley, «el niño moreno», como lo definía el *Quién es quién* de la familia, dormía en brazos de Susan. Tenía cabellos castaños, ojos pardos y piel trigueña, con las mejillas muy rosadas; y era el amor especial de Susan. Después de su nacimiento Anne estuvo muy enferma durante mucho tiempo, y Susan le

hizo de madre con una ternura tan apasionada como ninguno de los otros niños, si bien ella los quería mucho, había logrado despertar. El doctor Blythe decía que, de no ser por ella, la criatura no habría vivido.

—Yo le di la vida tanto como usted, mi querida señora —solía decir Susan—. Es tan hijo mío como suyo. —Y, verdaderamente, era siempre Susan a quien Shirley iba a buscar para que le diera un beso cuando se lastimaba, lo meciera para dormirse, lo protegiera de palizas bien merecidas. Susan había castigado sin resquemores a todos los otros niños Blythe cuando consideró que lo necesitaban para el bien de sus almas, pero nunca le pegaba a Shirley ni permitía que su madre lo hiciera. Una vez el doctor Blythe le pegó y Susan se indignó violentamente.

—Ese hombre es capaz de pegarle a un ángel, mi querida señora —declaró amargamente, y durante semanas se negó a prepararle pastel al doctor.

Durante la ausencia de los padres de Shirley, lo llevó con ella a la casa de su hermano, mientras que los otros niños fueron a Avonlea, y lo tuvo todo para ella durante tres benditos meses. Sin embargo, Susan se alegraba mucho de estar de regreso en Ingleside, con todos sus bienamados alrededor otra vez. Ingleside era su mundo y en él reinaba como majestad suprema. Incluso Anne cuestionaba rara vez sus decisiones, para desagrado de la señora Rachel Lynde, de Tejados Verdes, quien, cada vez que visitaba Four Winds, le decía a Anne, con aire sombrío, que estaba permitiéndole a Susan mandar demasiado y que llegaría el día en que lo lamentaría.

—Ahí viene Cornelia Bryant por el camino del puerto, mi querida señora —anunció Susan—. Seguramente viene a atiborrarnos con tres meses de chismes.

—Eso espero —contestó Anne, abrazándose a sus rodillas—. Me muero de ganas de escuchar chismes de Glen St. Mary, Susan. Espero que la señorita Cornelia pueda contarme todo lo sucedido mientras estuvimos ausentes, todo: quién nació, se casó o se emborrachó, quién murió o se fue o vino o se peleó con quién, o perdió una vaca o encontró novio. Es tan delicioso estar otra vez en casa con toda esa querida gente de Glen, que quiero saber todo sobre ellos. Pero sí recuerdo que, mientras recorría la abadía de Westminster, me preguntaba con cuál de sus dos pretendientes especiales terminaría casándose Millicent Drew. ¿Sabe, Susan? Tengo la terrible sospecha de que me encantan los chismes.

—Bueno, por supuesto, mi querida señora —admitió Susan—, a cualquier mujer que se precie de tal le gusta enterarse de las cosas. A mí me interesa bastante el caso de Millicent Drew. Yo nunca tuve pretendiente, y mucho menos dos, y ahora ya no me importa, porque ser una vieja solterona no duele una vez que uno se acostumbra. A mí el pelo de Millicent me da la sensación de que se lo peinó con una escoba. Pero al parecer a los hombres eso no les interesa.

—Ellos le ven sólo esa cara bonita, risueña y seductora, Susan.

—Muy bien puede ser, mi querida señora. El Buen Libro dice que el favor es engañoso y que la belleza es vana, pero personalmente no me habría molestado descubrirlo por mí misma, si así hubiera estado dispuesto. No tengo dudas de que todos seremos hermosos cuando seamos ángeles, pero ¿de qué utilidad nos será para entonces? Hablando de chismes, dicen que la pobre esposa de Harrison Miller, del puerto, trató de ahorcarse la semana pasada.

—¡Ay, Susan!

—Tranquilícese, mi querida señora. No tuvo éxito. Aunque no me extraña que lo haya intentado, porque el marido es un hombre terrible. Pero ella fue muy tonta al tratar de colgarse y dejarle el camino libre para que se case con alguna otra mujer. Yo, en su lugar, mi querida señora, me habría ocupado en molestarlo, para que él intentara ahorcarse. Aunque no estoy de acuerdo con que la gente se cuelgue, bajo ninguna circunstancia, mi querida señora.

—¿Qué pasa con Harrison Miller, después de todo? —preguntó Anne, impaciente—. Siempre lleva a los demás a los extremos.

—Bueno, algunos lo llaman religión y otros lo llaman maldición, con su perdón, mi querida señora, por usar semejante palabra. Parece que no pueden decidir cuál de las dos cosas es en el caso de Harrison. Hay días en los que pelea con todo el mundo porque cree que está condenado al castigo eterno. Y hay días en los que dice que no le importa nada y va y se emborracha. Mi opinión es que no está en sus cabales, como toda esa rama de los Miller. El abuelo se volvió loco. Se creía rodeado de grandes arañas negras. Le caminaban por encima y flotaban en el aire frente a sus ojos. Yo espero no volverme loca nunca, mi querida señora, y no creo que me suceda, porque no es costumbre de los Baker. Pero, si una Providencia sabia así lo dispone, espero que mi locura no tome la forma de grandes arañas negras, pues detesto esos bichos. En cuanto a la señora Miller, no sé si en realidad es digna de lástima o no. Hay quienes dicen que se casó con Harrison por despecho hacia Richard Taylor; lo cual a mí me parece una razón muy pobre para casarse. Pero claro que yo no soy quién para opinar sobre

cuestiones matrimoniales, mi querida señora. Ahí está Cornelia Bryant, en el portón; voy a poner a este bendito niño moreno en su cama y a traer mi tejido.



Puro chisme

—¿Dónde están los otros niños? —preguntó la señorita Cornelia cuando los primeros saludos (cordiales de su parte, extasiados de parte de Anne y dignos de parte de Susan) terminaron.

—Shirley está en la cama y Jem, Walter y las mellizas están en su adorado Valle del Arco Iris —dijo Anne—. Llegaron apenas esta tarde, ¿sabe? y casi no pudieron esperar a terminar de almorzar para salir corriendo hacia el Valle. Aman ese lugar más que cualquier otro en la Tierra. Ni siquiera el bosque de arces rivaliza con el valle en sus afectos.

—Me temo que lo aman demasiado —terció Susan, severamente—. El pequeño Jem dijo una vez que prefería ir al Valle del Arco Iris antes que al cielo cuando muriera, y no fue un comentario muy correcto.

—¿Lo pasaron espléndidamente en Avonlea, no? —preguntó la señorita Cornelia.

—Espléndidamente. Marilla los mima tanto... A Jem en especial: para ella nada de lo que él haga puede estar mal.

—La señorita Cuthbert será una anciana ya —comentó

la señorita Cornelia, sacando el tejido para no perder terreno ante Susan. Sostenía que cualquier mujer cuyas manos estuvieran ocupadas tenía siempre ventaja sobre otra que las tuviera ociosas.

—Marilla tiene ochenta y cinco años —dijo Anne, con un suspiro—. Tiene el pelo blanco como la nieve. Pero, increíblemente, ve mejor que cuando tenía sesenta. Es excepcional.

—Bueno, mi querida, me alegro de que estén de regreso. Me he sentido muy sola. Pero no nos hemos aburrido en Glen, de eso puedes estar segura. No ha habido otra primavera tan movida en toda mi vida, en lo que hace a asuntos de la iglesia. Tenemos pastor por fin, Anne querida.

—El reverendo John Knox Meredith, mi querida señora —informó Susan, decidida a no permitirle a la señorita Cornelia contar ella todas las novedades.

—¿Es agradable? —preguntó Anne, interesada.

La señorita Cornelia suspiró y Susan gruñó.

—Sí, es agradable, si ése fuera el punto —aceptó la primera—. Es muy agradable, y muy erudito, y muy espiritual. Pero ¡ah, Anne querida, no tiene sentido común!

—¿Por qué lo llamaron, entonces?

—Bueno, no hay dudas de que es por lejos el mejor predicador que hemos tenido jamás en la iglesia de Glen St. Mary —dijo la señorita Cornelia, cambiando el tema—. Supongo que por ser tan soñador y distraído nunca lo llamaron de la ciudad. Su sermón de prueba fue sencillamente una maravilla, te lo aseguro. Todos se enloquecieron con él, ¡y su aspecto!

—Es *muy* bien parecido, mi querida señora, y, para decirle la verdad, a mí *me gusta* ver a un hombre bien parecido en el púlpito.

—Además —dijo la señorita Cornelia—, estábamos ansiosos por decidir el tema. Y el señor Meredith fue el primer candidato sobre el que todos estuvimos de acuerdo. Siempre alguien tenía alguna objeción sobre todos los demás. Se habló de llamar al señor Folsom. Él también predicaba bien, pero a la gente no le gusta su apariencia. Es demasiado oscuro y acicalado.

—Es idéntico a un gran gato negro, lo es, mi querida señora —aseveró Susan—. Yo no podría contemplar a semejante hombre en el púlpito todos los domingos.

—Después vino el señor Rogers, que era como un grumo en el cereal del desayuno: ni malo ni bueno —resumió la señorita Cornelia—. Pero, aunque hubiera predicado como Pedro y Pablo, no le habría valido de nada, porque ése fue el día en el que la oveja del viejo Caleb Ramsay se metió en la iglesia y lanzó un sonoro balido justo en el momento en que él anunciaba su texto. Todos rieron, y el pobre Rogers ya no tuvo la menor posibilidad después de eso. Algunos pensaron que debíamos llamar al señor Stewart, que es tan educado. Es capaz de leer el Nuevo Testamento en cinco idiomas.

—Pero yo no creo que por eso tenga mayores posibilidades que otros hombres de llegar al cielo —intervino Susan.

—A casi ninguno de nosotros le gustó su sermón —siguió la señorita Cornelia, ignorando a Susan—. Hablaba gruñendo. Y el señor Arnett directamente no sabía predicar. Además eligió el peor texto de toda la Biblia para el sermón de prueba: «Maldito Meroz...»

—Cuando no sabía cómo seguir, golpeaba sobre la Biblia y gritaba con violencia: «Maldito Meroz». El pobre Meroz, fuera quien fuese, fue maldecido hasta decir basta ese día, mi querida señora —acotó Susan.

—Un pastor que se presenta a una prueba tiene que tener muchísimo cuidado con el texto que elige —sentenció la señorita Cornelia solemnemente—. Yo creo que el señor Pierson habría conseguido la parroquia de haber elegido otro texto. Pero cuando anunció «Elevaré mis ojos hacia las colinas», cavó su tumba. Todos sonrieron, porque todo el mundo sabe que esas dos muchachas Hill* de Harbour Head le han echado el ojo a cada pastor soltero que ha pisado Glen en los últimos quince años. Y el señor Newman tenía una familia muy numerosa.

—Se alojó con mi cuñado, James Clow —dijo Susan—. «¿Cuántos hijos tiene?», le pregunté. «Nueve varones y una hermana para cada uno», me contestó. «¡Dieciocho!», exclamé yo. «¡Cielo santo, qué familia!» Él no paraba de reír. Pero yo no entiendo por qué, mi querida señora, y no me cabe duda de que dieciocho niños son demasiados para cualquier rectoría.

—Tenía sólo diez hijos, Susan —explicó la señorita Cornelia con despectiva paciencia—. Y diez buenos niños no serían mucho peor para la rectoría y la congregación que los cuatro que tenemos ahora. Aunque yo no diría, Anne querida, que son tan malos, tampoco. A mí me gustan, les gustan a todos. Serían criaturas encantadoras, si hubiera alguien que se ocupara de sus modales y les enseñara qué es lo correcto. Por ejemplo, en la escuela, el maestro dice que son niños modelos. Pero en la casa se vuelven salvajes.

—¿Y la señora Meredith? —preguntó Anne.

—No hay ninguna señora Meredith. Ése es precisamente el problema. El señor Meredith es viudo. La esposa falleció hace cuatro años. De haberlo sabido, no creo que lo hubiéramos

* *Hill* significa “colina”. (N. de la T.)

elegido a él, porque un viudo es peor en una congregación que un hombre soltero. Pero había hablado de los hijos y todos supusimos que también había una madre. Cuando vinieron, resulta que no había nadie más que la vieja tía Martha, como la llaman. Es una prima de la madre del señor Meredith, creo, y él se la llevó a vivir con ellos para salvarla del asilo de pobres. Tiene setenta y cinco años, es muy sorda y muy excéntrica.

—Y muy mala cocinera, mi querida señora.

—La peor administradora posible para la rectoría —dijo con aspereza la señorita Cornelia—. El señor Meredith no quiere otra ama de llaves porque dice que eso ofendería a la tía Martha. Anne querida, créeme, el estado en que se encuentra la rectoría es desastroso. Todo está bajo capas de polvo y no hay nada en su lugar. ¡Pensar que habíamos pintado y empapelado todo tan lindo antes de que vinieran!

—¿Dicen que son cuatro niños? —preguntó Anne, ya comenzando a protegerlos en su corazón.

—Sí. Seguiditos como los escalones de una escalera. Gerald es el mayor. Tiene doce años y le dicen Jerry. Es un niño inteligente. Faith tiene once. Es una marimacho, pero linda hasta decir basta, hay que admitirlo.

—Uno la ve y parece un ángel, pero es terriblemente traviesa, mi querida señora —dijo Susan, muy solemne—. Yo estaba en la rectoría una noche de la semana pasada y estaba también la esposa de James Millison, que les había llevado una docena de huevos y un tarro con leche; un tarro *muy* pequeño, mi querida señora. Faith recibió todo y fue tambaleándose a llevarlo al sótano. Casi al final de la escalera tropezó y cayó rodando lo que restaba del camino, y junto con ella la leche y los huevos y todo. Se imaginará el resultado, mi querida se-

ñora. Pero la niña vino riendo y dijo: «No sé si soy yo o si soy un flan». La señora Millison se enojó mucho. Dijo que nunca más llevaría nada a la rectoría si iban a desperdiciar y destruir las cosas de esa forma.

—Maria Millison nunca se esforzó demasiado por llevar cosas a la rectoría —señaló con un dejo desdeñoso la señorita Cornelia—. Esa noche llevó algo como excusa para calmar su curiosidad. Pero la pobre Faith siempre se mete en líos. Es tan descuidada e impulsiva...

—Como yo. Me va a gustar esa chica Faith —declaró Anne, muy decidida.

—Tiene coraje, y a mí me gusta el coraje, mi querida señora —señaló Susan.

—Hay algo muy comprador en ella —admitió la señorita Cornelia—. Siempre se la ve riendo y de alguna manera siempre le da a uno ganas de reír. Ni siquiera en la iglesia puede estar seria. Una tiene diez años y es una criatura muy dulce, no bonita, pero sí dulce. Y Thomas Carlyle tiene nueve. Le dicen Carl, y tiene la manía de coleccionar sapos, cascarudos y ranas y llevarlos dentro de la casa.

—Supongo que él fue el responsable de la rata muerta que encontraron en una silla de la sala la tarde en que los visitó la señora Grant. Ella se impresionó mucho —dijo Susan—, lo cual no me extraña, porque la sala de una rectoría no es el lugar más apropiado para encontrar una rata muerta. Claro que pudo haber sido el gato el que la dejó allí. *Ése* sí que tiene todos los demonios que le caben en el cuerpo, mi querida señora. El gato de una rectoría debería por lo menos tener un *aspecto* respetable, en mi opinión, sea lo que fuere en realidad. Sin embargo, yo nunca he visto un animal tan libertino. Casi todos los días, al

atardecer, camina por el techo de la rectoría moviendo la cola, mi querida señora, y eso es impropio.

—Lo peor es que *jamás* están decentemente vestidos —suspiró la señorita Cornelia—. Y desde que se fue la nieve van a la escuela descalzos. Ahora bien, tú sabes, Anne querida, que eso no es correcto para los niños de una rectoría, en especial cuando la pequeñita del pastor metodista siempre anda con botitas abotonadas tan lindas. Y cómo me gustaría que no jugaran en el viejo cementerio metodista.

—Es muy tentador, ya que está pegado a la rectoría —adujo Anne—. Yo siempre he pensado que los cementerios han de ser lugares deliciosos para jugar.

—No, usted no puede haber pensado eso, mi querida señora —protestó la leal Susan, determinada a proteger a Anne de sí misma—. Usted tiene demasiado buen sentido y decoro como para eso.

—¿Por qué construyeron la rectoría al lado del cementerio, para empezar? —preguntó Anne—. El jardín es tan pequeño que no tienen lugar donde jugar si no es en el cementerio.

—Sí, fue un error —admitió la señorita Cornelia—. Pero se consiguió el terreno barato. Y nunca antes se les ocurrió a los otros niños que vivieron en la rectoría jugar allí. El señor Meredith no tendría que permitirlo. Pero siempre anda con la nariz hundida en un libro cuando está en la casa. Lee y lee, o camina por su estudio como en una ensoñación. Hasta la fecha no se ha olvidado de estar en la iglesia ningún domingo, pero dos veces se olvidó de la reunión de oración y uno de los vicarios tuvo que ir a la rectoría a recordárselo. También se olvidó de la boda de Fanny Cooper. Lo llamaron por teléfono y entonces salió corriendo, así como estaba, con pantuflas y

todo. A una no le importaría, si no fuera porque los metodistas se ríen tanto. Pero hay un consuelo: no pueden criticarle los sermones. Se despierta cuando está en el púlpito, puedes creerme. Y el pastor metodista no sabe predicar, según me han dicho. Yo nunca lo escuché, gracias a Dios.

El desprecio de la señorita Cornelia por los hombres había disminuido algo desde su casamiento, pero su desprecio por los metodistas continuaba sin muestras de caridad. Susan sonrió disimuladamente.

—Dicen, señora Elliott, que los metodistas y los presbiterianos están hablando de unirse —aventuró.

—Bien, espero estar bajo tierra si eso llegara a suceder —replicó la señorita Cornelia—. Jamás he tenido trato con los metodistas, y el señor Meredith averiguará que le conviene mantenerse lejos de su camino, también. Es demasiado sociable con ellos, puedes creerme. Caramba, si fue a la comida de celebración de las bodas de plata de Jacob Drews y se metió en un buen apuro como consecuencia.

—¿Qué pasó?

—La señora Drew le pidió que trinchara un ganso asado, porque Jacob Drew nunca supo trinchar. Bien, el señor Meredith puso manos a la obra y en el proceso el ganso se le resbaló de la bandeja y cayó justito en la falda de la señora Reese, que estaba sentada junto a él. Entonces él dijo, con aire soñador: «Señora Reese, ¿querría tener la bondad de devolverme ese ganso?» La señora Reese «se lo devolvió», mansa como Moisés, pero seguramente se puso furiosa, porque tenía puesto su vestido nuevo de seda. Lo peor de todo es que ella es metodista.

—Pero a mí me parece mejor que no hubiera sido presbite-

riana —terció Susan—. Si hubiera sido presbiteriana lo más probable es que hubiera dejado la iglesia y no podemos permitirnos perder a ninguno de nuestros miembros. Y a la señora Reese no la quieren ni en su propia iglesia, porque se da muchos aires, de modo que los metodistas se habrán alegrado de que el señor Meredith le haya estropeado el vestido.

—El punto es que él se puso en ridículo, y *a mí*, por lo menos, no me gusta que mi pastor se ponga en ridículo a los ojos de los metodistas —puntualizó la señorita Cornelia rígidamente—. Si tuviera esposa eso no habría sucedido.

—No veo cómo habrían evitado, aunque tuviera una docena de esposas, que la señora Drew hubiera matado a su gansa más vieja y dura para la fiesta —rebatíó Susan, obstinada.

—Dicen que fue el marido —dijo la señorita Cornelia—. Jacob Drew es un individuo engréido, avaro y dominante.

—Y dicen que él y la esposa se detestan, lo cual no me parece muy apropiado entre marido y mujer. Pero claro que yo no he tenido experiencia en ese campo —añadió Susan, sacudiendo la cabeza—. Y yo no soy de las que les echan la culpa de todo a los hombres. La señora Drew es bastante miserable también. Dicen que lo único que se sabe que ha regalado en su vida fue una olla de manteca hecha con crema en que había caído una rata. La dio como contribución a una reunión de la iglesia. Nadie se enteró hasta mucho después de lo de la rata.

—Por suerte, todos a los que los Meredith han ofendido hasta ahora son metodistas —reconoció la señorita Cornelia—. Jerry fue a la reunión de oración de los metodistas una noche hace unos quince días y se sentó junto al viejo William Marsh, que, como siempre, se levantó y dio testimonio con temibles gemidos. «¿Ahora se siente mejor?», susurró Jerry cuando Wi-

lliam volvió a sentarse. El pobre Jerry quería ser solidario, pero al señor Marsh le pareció una impertinencia y está furioso con él. Claro que Jerry no tenía por qué estar en una reunión de oración de los metodistas. Pero van adonde quieren.

—Espero que no ofendan a la señora de Alec Davis, de Harbour Head —dijo Susan—. Es una mujer muy susceptible, según tengo entendido, pero es muy rica y contribuye más que cualquier otro para el sueldo del pastor. Oí decir que comentó que los Meredith son los niños peor educados que ha conocido.

—Cada palabra que dicen me convence más y más de que los Meredith pertenecen a la raza de los que conocen a José —declaró muy decidida la dueña de casa.

—En resumidas cuentas, sí —admitió la señorita Cornelia—. Y eso equilibra todo. De todas maneras, ya los tenemos y debemos hacer lo mejor que podamos con ellos y apoyarlos contra los metodistas. Bien, supongo que es hora de que baje al puerto. Marshall estará en casa pronto (hoy fue del otro lado del puerto) y querrá su comida, como todos los hombres. Qué lástima que no vi a los otros niños. ¿Y el doctor dónde está?

—En Harbour Head. Hace apenas tres días que estamos en casa y en ese lapso ha pasado tres horas en su cama y ha comido sólo dos comidas en su propia casa.

—Bueno, todo el mundo ha estado enfermo en las últimas seis semanas esperando a que él volviera a casa, y los entiendo. Cuando ese médico del otro lado del puerto se casó con la hija del funebrero de Lowbridge, la gente se puso recelosa. No estuvo bien. Tú y el doctor tienen que venir pronto a contarnos del viaje. Lo habrán pasado espléndido.

—Así es —dijo Anne—. Fue cumplir con un sueño de años. El Viejo Mundo es precioso y lleno de maravillas. Pero hemos

regresado muy contentos a nuestra propia tierra. Canadá es el país más lindo del mundo, señorita Cornelia.

—Nadie lo dudó nunca —aseveró la señorita Cornelia, complacida.

—Y la vieja Isla del Príncipe Eduardo es la provincia más bonita del Canadá y Four Winds, el lugar más encantador de la isla del Príncipe Eduardo —prosiguió Anne, riendo y mirando con amor el esplendor crepuscular del valle, el puerto y el golfo. Lo abarcó con un ademán. —No vi nada más hermoso que esto en Europa, señorita Cornelia. ¿Ya tiene que irse? Los niños lamentarán no haberla visto.

—Que vengan a verme pronto. Diles que la lata de los bizcochos está llena como siempre.

—Ah, durante el almuerzo estaban planeando una invasión a su casa. Irán pronto, pero ahora tienen que volver a la escuela. Y las mellizas van a tomar clases de música.

—Supongo que no les enseñará la esposa del pastor meto-dista, ¿verdad? —inquirió la señorita Cornelia.

—No, Rosemary West. Anoche fui a arreglar con ella. ¡Qué bonita es!

—Rosemary se mantiene muy bien. Aunque ya no es tan joven.

—A mí me pareció encantadora. Nunca he tenido mucho trato con ella, sabe. Su casa queda tan a trasmano que rara vez la veo, si no es en la iglesia.

—La gente siempre ha querido a Rosemary West, aunque no la han entendido —manifestó la señorita Cornelia, inconsciente del alto tributo que estaba pagándole al encanto de Rosemary—. Ellen la ha sojuzgado siempre, por decirlo de alguna manera. La ha tiranizado, aunque al mismo tiempo la ha consentido en

muchos sentidos. Rosemary estuvo comprometida, ¿sabías?, con el joven Martin Crawford. Él iba en un barco que naufragó en las Magdalenas y toda la tripulación se ahogó. Rosemary era una niña entonces, tenía apenas diecisiete años. Pero jamás volvió a ser la misma de antes. Ella y Ellen se han mantenido muy unidas desde la muerte de la madre. No van mucho a su propia iglesia en Lowbridge y tengo entendido que a Ellen no le parece bien ir con demasiada frecuencia a una iglesia presbiteriana. En su favor debo decir que *jamás* van a la iglesia metodista. Todos los de la familia West han sido siempre firmes episcopalistas. Rosemary y Ellen tienen mucho dinero. Rosemary no necesita dar clases de música. Lo hace porque le gusta. Son parientes lejanos de Leslie, ¿sabes? ¿Los Ford vendrán al puerto este verano?

—No. Se van de viaje al Japón y probablemente estén fuera por un año. La nueva novela de Owen transcurre en el Japón. Éste será el primer verano en que la querida y vieja casa de los sueños esté vacía desde que la dejamos.

—Yo diría que Owen Ford podría encontrar mucho que escribir sobre Canadá sin tener que arrastrar a su esposa y a sus inocentes hijos a un país pagano como el Japón —rezongó la señorita Cornelia—. *El libro de la vida* fue el mejor que ha escrito hasta ahora y obtuvo su material aquí mismo, en Four Winds.

—El capitán Jim se lo dio casi todo, recuerde. Y él lo había recogido en el mundo entero. Pero a mí los libros de Owen me parecen hermosos.

—Ah, sí, son buenos. Yo leo cada libro que él escribe, aunque siempre he pensado, Anne querida, que leer novelas es una pecaminosa pérdida de tiempo. Le escribiré para decirle mi opinión sobre ese asunto japonés, créeme. ¿Quiere que Kenneth y Persis se conviertan en paganos?

Con esa pregunta sin respuesta la señorita Cornelia se retiró. Susan procedió a llevar a Rilla a la cama, y Anne se sentó en los escalones de la galería bajo las primeras estrellas y soñó sus incorregibles sueños y constató por enésima y dichosa vez lo que puede ser el esplendor y la belleza de la salida de la luna en Four Winds Harbour.

